

Esta es una pequeña muestra  
del libro *Fundamentos de la gracia*.

Para conseguir el libro completo y conocer más  
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

[www.poiema.co](http://www.poiema.co)

O comunícate con nosotros al correo:

[info@poiema.co](mailto:info@poiema.co)



© 2022 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

## RECOMENDACIONES

“El Dr. Steve Lawson es uno de los expositores bíblicos más comprometidos y capaces de esta generación. La intensidad y claridad de su compromiso con la predicación bíblica —con la verdadera predicación expositiva— es el sello distintivo de su ministerio. Además, Steve Lawson entiende que el texto de la Biblia presenta continuamente la soberanía de Dios y nos da una visión panorámica de Su gloria. Todo esto es evidente en su ministerio de predicación y en sus escritos. El Dr. Lawson es un hombre excepcional impulsado por una pasión excepcional”.

— DR. R. ALBERT MOHLER JR.

*Presidente del Southern Baptist Theological Seminary  
Louisville, Kentucky*

“En *Fundamentos de la gracia*, el fiel pastor Steve Lawson recorre el rico y variado terreno bíblico para presentarte al único Dios verdadero y Su amor salvador usando toda la Escritura en maneras que tal vez nunca hayas apreciado del todo. Las doctrinas de la gracia y la soberanía de Dios son verdades que imparten gozo, cambian vidas, exaltan a Cristo, glorifican a Dios, motivan las misiones, animan el evangelismo y promueven el discipulado. Si piensas que la soberanía de Dios en la salvación de los pecadores es una invención humana, lo reconsiderarás luego de haber recorrido la Biblia con el Dr. Lawson. Cuando esta verdad es comprendida y abrazada, transforma el alma, vivifica el corazón y cambia la vida. El mismo Dr. Lawson es un hombre transformado por esta verdad. La ha proclamado con audacia, valentía y alegría, a un gran costo personal, pero para la gloria de Dios, el bien de la iglesia y el gozo de pecadores que han sido encontrados por la maravillosa gracia de Dios. Prepárate para deleitarte en la misericordia del Señor, ¡que permanece para siempre!”.

— DR. J. LIGON DUNCAN III

*Canciller del Reformed Theological Seminary*

“Las doctrinas de la gracia suelen ser malentendidas y mal representadas. Este nuevo y útil libro explica estas verdades cuidadosa y correctamente. Que Dios lo use para Su gloria y el bien de otros”.

— DR. D. JAMES KENNEDY

*Difunto Ministro Principal de Coral Ridge Presbyterian Church  
Fort Lauderdale, Florida*

“Vivimos en una época donde la Iglesia ha caído una vez más bajo la fuerte crítica de Martín Lutero a su contemporáneo, Erasmo: ‘Tu Dios es demasiado humano... ¡Deja que Dios sea Dios!’”. Con la mente y el corazón cautivados por las verdades gemelas de la soberanía total de Dios y Su asombrosa gracia, Steve Lawson rastrea de manera contundente estos temas desde el principio hasta el final de las Escrituras. No hay mejor manera que esta para aprender teología, y no hay otra manera de aprender a abrazar la verdad de las Escrituras con el equilibrio de las Escrituras y en el espíritu de las Escrituras. Fundamentos de la gracia muestra, de muchas maneras, que la Escritura es útil ‘para enseñar, para reprender, para corregir, para instruir en justicia’. ¡Que este libro ayude a la Iglesia contemporánea a redescubrir ese glorioso cuádrivio divino!”.

— DR. SINCLAIR B. FERGUSON

*Maestro de la Confraternidad de Enseñanza de Ministerios Ligonier  
Orlando, Florida*

“Steven Lawson establece clara y exhaustivamente el fundamento bíblico para las doctrinas de la gracia”.

— DR. JOHN MACARTHUR

*Pastor y maestro de Grace Community Church  
Sun Valley, California (tomado de su prólogo)*

“Como lo demuestra la clara evaluación que hace el Dr. Steve Lawson, la soberanía de Dios se manifiesta a lo largo de las Sagradas Escrituras... Cuando termines de leer este libro, me sorprendería y preocuparía si siguieras insistiendo en negar la soberanía absoluta de Dios en nuestra salvación. El Dr. Lawson ha mostrado que la salvación es del Señor y de Su gracia soberana, y lo ha hecho de manera que ha dejado a los oponentes de esta doctrina sin argumento válido. Por mi parte, estoy agradecido por esta obra de amor y por lo detallada que es, y espero que aquellos que la lean sean edificados”.

— DR. R.C. SPROUL

*Fundador de Ministerios Ligonier  
Orlando, Florida (tomado de su epílogo)*

**FUNDAMENTOS**

— *de la* —

**GRACIA**



**FUNDAMENTOS**

— *de la* —

**GRACIA**

1400 a. C. – 100 d. C.

UNA LARGA LÍNEA DE HOMBRES DE DIOS

STEVEN J. LAWSON



*Mientras lees, comparte con otros en redes usando*  
**#FundamentosDeLaGracia**

*Fundamentos de la gracia*

Poiema Publicaciones © 2022

Publicado originalmente en inglés por Ligonier Ministries,  
bajo el título *Foundations of Grace*.

© 2006 por Steven J. Lawson

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de  
*La Nueva Biblia de las Américas*, © 2005, por The Lockman Foundation.

Usadas con permiso. Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser  
reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de  
ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia,  
grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Diseño de portada: Brian Bobel for Dual Identity

Diseño interior y tipografía: Katherine Lloyd, The DESK

Traducción al español: Ministerios Ligonier

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-955182-23-2

SDG

221

En memoria del  
Dr. S. Lewis Johnson  
—profesor distinguido, teólogo eminente, expositor preciso—  
quien conmocionó mi mundo con las doctrinas de la gracia

Durante mis años de formación, el Dr. Johnson predicó fielmente la Palabra de Dios y, específicamente, las doctrinas de la gracia, en Believer's Chapel (Dallas, Texas). Aunque inicialmente me resistí a estas verdades, el Señor prevaleció y Su gracia tierna abrió mis ojos a Su gloriosa soberanía en la salvación de pecadores perdidos. Domingo tras domingo, el Dr. Johnson presentaba una exposición magistral de las Escrituras con precisión teológica. Mi opinión de todo cambió radicalmente, y nunca he sido el mismo. Siempre estaré agradecido al Dr. Johnson por su clara y convincente predicación sobre nuestro Dios soberano.

*Porque de Él, por Él y para Él son todas las cosas.  
A Él sea la gloria para siempre. Amén.*  
(Rom 11:36)



# CONTENIDO

---

<b>PRÓLOGO</b> .....	<b>1</b>
La inmutabilidad divina y las doctrinas de la gracia	
<b>PREFACIO</b> .....	<b>17</b>
La “divisoria continental” de la teología	
<b>1. UNA LARGA LÍNEA DE HOMBRES DE DIOS</b> .....	<b>23</b>
Siervos de la gracia soberana: desde Moisés hasta el presente	
<b>2. DONDE LA GRAN LÍNEA COMIENZA</b> .....	<b>41</b>
Moisés, el dador de la ley: Génesis	
<b>3. GRACIA SOBERANA EN EL DESIERTO</b> .....	<b>69</b>
Moisés, el dador de la ley: desde Éxodo hasta Deuteronomio	
<b>4. HOMBRES FIRMES CON UN MENSAJE FIRME</b> .....	<b>99</b>
Los primeros líderes: desde Josué hasta Job	
<b>5. MONARCAS SE POSTRAN ANTE EL SOBERANO</b> .....	<b>131</b>
Los reyes David y Salomón: Salmos, Proverbios y Eclesiastés	
<b>6. VOCERO DE LA GRACIA SOBERANA</b> .....	<b>163</b>
Los profetas mayores: Isaías	
<b>7. HERALDOS DE LA REGENERACIÓN DIVINA</b> .....	<b>185</b>
Los profetas mayores: Jeremías, Ezequiel y Daniel	
<b>8. TEOLOGÍA MAYOR DE LOS PROFETAS MENORES</b> .....	<b>215</b>
Los profetas menores: desde Oseas hasta Malaquías	
<b>9. EL MEJOR EXPOSITOR DE LA GRACIA</b> .....	<b>239</b>
El Señor Jesucristo: Mateo, Marcos y Lucas	
<b>10. EL MONTE EVEREST DE LA TEOLOGÍA</b> .....	<b>271</b>
El Señor Jesucristo: el Evangelio de Juan	
<b>11. CUÁN FIRME CIMIENTO</b> .....	<b>307</b>
El apóstol Pedro: Hechos y 1 & 2 Pedro	

<b>12. POR SU GRACIA Y PARA SU GLORIA</b> .....	<b>343</b>
El apóstol Pablo: Romanos	
<b>13. EL PREDICADOR DE LAS DOCTRINAS DE LA GRACIA</b> .....	<b>385</b>
El apóstol Pablo: 1 & 2 Corintios y Gálatas	
<b>14. ANTES DE LA FUNDACIÓN DEL MUNDO</b> .....	<b>415</b>
El apóstol Pablo: desde Efesios hasta 2 Tesalonicenses	
<b>15. COLUMNA Y SOSTÉN DE LA VERDAD</b> .....	<b>451</b>
El apóstol Pablo: 1 & 2 Timoteo y Tito	
<b>16. LA EVANGELIZACIÓN Y LA SOBERANÍA DIVINA</b> .....	<b>475</b>
El médico llamado Lucas y el autor de Hebreos: Hechos y Hebreos	
<b>17. REGENERACIÓN SOBERANA</b> .....	<b>507</b>
Santiago, el apóstol Juan y Judas: Santiago, 1, 2 & 3 Juan y Judas	
<b>18. POR TODOS LOS SIGLOS VENIDEROS</b> .....	<b>541</b>
El apóstol Juan: el Evangelio de Juan y Apocalipsis	
<b>EPÍLOGO POR R.C. SPROUL</b> .....	<b>573</b>
Soberanía manifiesta	
<b>ACERCA DEL AUTOR</b> .....	<b>575</b>
<b>ÍNDICE DE LAS ESCRITURAS</b> .....	<b>577</b>

**FUNDAMENTOS**

— *de la* —

**GRACIA**



## PRÓLOGO

---

### LA INMUTABILIDAD DIVINA Y LAS DOCTRINAS DE LA GRACIA

La Biblia enfatiza repetidamente y sin reservas que Dios no cambia. De hecho, Él no puede cambiar porque Su perfección absoluta no puede mejorar y Su naturaleza es eternamente inalterable. Su persona no cambia: “Porque Yo, el SEÑOR, no cambio” (Mal 3:6). Sus planes no cambian: “El consejo del SEÑOR permanece para siempre, los designios de Su corazón de generación en generación” (Sal 33:11). Su propósito no cambia: “Por lo cual Dios, deseando mostrar más plenamente... la inmutabilidad de Su propósito, interpuso un juramento” (Heb 6:17). Dios no cambia Su manera de pensar: “También la Gloria de Israel no mentirá ni cambiará Su propósito, porque Él no es hombre para que cambie de propósito” (1S 15:29); ni Sus palabras: “El Santo de Israel... no se retractará de Sus palabras” (Is 31:1-2); ni Su llamado: “... porque los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables” (Ro 11:29; cf. Heb 13:8; Stg 1:17). No hay absolutamente ningún cambio en Dios, ni variaciones ni sorpresas (cf. Sal 102:27).

Dios no aumenta ni disminuye; no mejora ni empeora. Él no cambia porque algunas circunstancias cambien; no hay emergencias imprevistas para Aquel que es eternamente omnisciente. Sus propósitos eternos permanecen para siempre porque Él permanece para siempre (Sal 33:11). Él no reacciona, Él solo actúa; y lo hace según le place (Sal 115:3).

Desde una perspectiva humana, por supuesto, a veces nos parece que Dios cambia Sus planes debido a las acciones de la gente. Pero esto no es así desde la perspectiva de Dios. Debido a que Él conoce y siempre ha conocido el futuro perfectamente, habiéndolo planificado según Su decreto inalterable, Él siempre actúa como planificó que actuaría desde la eternidad pasada. Mientras que

los hombres no saben cómo Dios actuará, y a veces se asombran al ver el desarrollo de Su plan soberano, Dios nunca se sorprende. Él continúa obrando como siempre lo ha hecho, conforme a Su beneplácito y propósito eterno (Sal 33:10-12; Is 48:14; Dn 4:35; Col 1:19-20).

En lo que respecta a la humanidad, Dios predeterminó redimir a un pueblo para Su propia gloria. Nada puede frustrar ese plan (Jn 10:29; Ro 8:38-39). Su conocimiento perfecto, Su independencia perfecta y Su poder perfecto e ilimitado para llevar a cabo Su voluntad perfecta —la santidad absoluta y la perfección moral que lo obligan a ser veraz y fiel a Su Palabra— implican que lo que Dios se propuso hacer desde antes del inicio del tiempo, lo está haciendo y lo completará después de la consumación del tiempo.

Esta extraordinaria y gloriosa voluntad de Dios ha sido revelada en la Biblia y entendida claramente a través de la historia de los redimidos. La Palabra de Dios la ha revelado inequívocamente, y desde el cierre del canon de las Escrituras, todos los intérpretes fieles de la Biblia han creído y proclamado la gloriosa doctrina del soberano e inmutable propósito divino. Esta verdad, a menudo llamada “las doctrinas de la gracia”, comenzó con la determinación soberana de Dios en la eternidad pasada.

Dios no puede cambiar, Su palabra no puede cambiar y Su propósito no puede cambiar. Su verdad es la misma porque Él es la Verdad (*cf.* Sal 119:160; Jn 17:17; Tit 1:2; Heb 6:18). En contraste con la supuesta teología de la apertura de Dios (o teísmo abierto), que afirma que Dios no conoce el futuro y que, por lo tanto, debe adaptarse a las circunstancias a medida que se desarrollan, la Biblia presenta a Dios como el Soberano omnisciente de todos los acontecimientos pasados, presentes y futuros. Como dice en Isaías 46:9<sup>b</sup>-10:

Yo soy Dios, y no hay otro;  
Yo soy Dios, y no hay ninguno como Yo,  
que declaro el fin desde el principio  
y desde la antigüedad lo que no ha sido hecho.  
Yo digo: “Mi propósito será establecido,  
y todo lo que quiero realizaré”.

## LA JUSTICIA DIVINA Y LA DOCTRINA DE LA ELECCIÓN

A pesar de la claridad con la que las Escrituras abordan este tema, muchos cristianos profesantes hoy en día luchan con aceptar la soberanía de Dios, especialmente cuando se trata de Su obra de elección en la salvación. La

protesta más común, por supuesto, es que la doctrina de la elección es injusta. Pero tal objeción proviene de una idea humana de la justicia más que de la comprensión objetiva y divina de la verdadera justicia. Con el fin de abordar adecuadamente el tema de la elección, debemos dejar a un lado todas las consideraciones humanas y enfocarnos en la naturaleza de Dios y Su estándar justo. La discusión debe partir de la justicia divina.

¿Qué es la justicia divina? En pocas palabras, es un atributo esencial de Dios por el cual Él hace de manera infinita, perfecta e independiente exactamente lo que quiere hacer, cuando y como lo quiere hacer. Debido a que Él es el estándar de la justicia, por definición, todo lo que hace es inherentemente justo. Como dijo William Perkins hace muchos años: “No debemos pensar que Dios hace algo porque sea bueno y correcto, sino que ese algo es bueno y correcto porque Dios lo desea y lo hace”.

Por lo tanto, Dios es quien define la justicia porque Él es justo y recto por naturaleza, y lo que hace refleja esa naturaleza. Su voluntad libre, y nada más, está detrás de Su justicia. Esto significa que todo lo que Él desea es justo, no por causa de ningún estándar externo de justicia, sino simplemente porque Él lo desea.

Debido a que la justicia de Dios fluye de Su carácter, no está sujeta a las hipótesis humanas fallidas de lo que la justicia debería ser. El Creador no le debe nada a la criatura, ni siquiera lo que Él se complace en darle ya que lo hace por gracia. Dios no actúa por obligación y compulsión, sino por Su propia prerrogativa independiente. Eso es lo que significa ser Dios, y como Él es Dios, sus acciones libremente determinadas son intrínsecamente correctas y perfectas.

Decir que la elección es injusta no solo es un error, sino que pasa por alto la esencia misma de la verdadera justicia. Aquello que es justo, recto y correcto es lo que Dios desea hacer. Por lo tanto, si Dios desea escoger aquellos a quienes salvará, es inherentemente justo que lo haga. No podemos imponer nuestras propias ideas de justicia a nuestra comprensión de la obra de Dios. En cambio, debemos acudir a las Escrituras para ver cómo Dios mismo, en Su justicia perfecta, decide actuar.

### ¿QUÉ ES LA DOCTRINA DE LA ELECCIÓN?

La idea de que Dios hace lo que quiere —y que lo que hace es verdadero y correcto porque Él lo hace— es fundamental para nuestra comprensión de todo en la Escritura, incluyendo la doctrina de la elección.

En un sentido amplio, la elección se refiere al hecho de que Dios escoge (o elige) hacer todo lo que hace de la manera que le parezca conveniente. Cuando actúa, lo hace solo porque decide actuar de manera voluntaria e independiente. De acuerdo con Su propia naturaleza, plan predeterminado y buena voluntad, Él decide hacer lo que quiere, sin presión o coacción de ninguna influencia externa.

La Biblia señala esta verdad repetidamente. En el acto de la Creación, Dios creó exactamente lo que quería crear de la manera que Él quiso crearlo (*cf.* Gn 1:31). Y desde la Creación, Él ha prescrito o permitido soberanamente todo en la historia humana, a fin de cumplir el plan redentor que diseñó de antemano (Is 25:1; 46:10; 55:11; Ro 9:17; Ef 3:8-11).

En el Antiguo Testamento, Dios escogió una nación para Sí mismo. De todas las naciones del mundo, Él seleccionó a Israel (Dt 7:6; 14:2; Sal 105:43; 135:4). Escogió a los israelitas, no porque fueran mejores o más deseables que cualquier otro pueblo, sino simplemente porque Él decidió escogerlos. Richard Wolf dijo: “Qué extraño que Dios haya escogido a los judíos”, y lo mismo se hubiera dicho de cualquier otro pueblo que Dios hubiera seleccionado. Dios escoge a quien Él escoge por razones que son totalmente Suyas.

En la Escritura, la nación de Israel no fue la única receptora de la elección de Dios. En el Nuevo Testamento, Jesucristo es llamado “Mi Escogido” (Lc 9:35). Los ángeles santos también se conocen como “ángeles escogidos” (1Ti 5:21). A los creyentes en el Nuevo Testamento se les llama “escogidos de Dios” (Col 3:12; *cf.* 1Co 1:27; 2Ts 2:13; 2Ti 2:10; Tit 1:1; 1P 1:1; 2:9; 5:13; Ap 17:14), lo que significa que la iglesia es una comunidad de aquellos que fueron escogidos o “elegidos” (Ef 1:4).

Cuando Jesús les dijo a Sus discípulos: “Vosotros no me escogisteis a Mí, sino que Yo os escogí a vosotros” (Jn 15:16), Él estaba enfatizando esta verdad, y el Nuevo Testamento la reitera pasaje tras pasaje. Hechos 13:48b describe la salvación con estas palabras: “Y creyeron cuantos estaban ordenados a vida eterna”. Efesios 1:4-6 señala que Dios “nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de Él. En amor nos predestinó para adopción como hijos para Sí mediante Jesucristo, conforme al beneplácito de Su voluntad, para alabanza de la gloria de Su gracia que gratuitamente ha impartido sobre nosotros en el Amado”. En sus cartas a los tesalonicenses, Pablo recuerda a sus lectores que él sabía que Dios los había escogido (1Ts 1:4) y que estaba agradecido por ellos “porque Dios os ha escogido desde el principio para salvación” (2Ts 2:13). La Palabra de Dios es

clara: los creyentes son aquellos a quienes Dios escogió para salvación desde antes del principio.

El conocimiento previo al que Pedro hace referencia (1P 1:2) no debe ser confundido con una mera visión del futuro. Algunos enseñan esta postura, argumentando que Dios, en la eternidad pasada, miró a través del corredor del tiempo para ver quién respondería a Su llamado y entonces eligió a los redimidos sobre la base de su respuesta. Tal explicación hace que la decisión de Dios esté sujeta a la decisión del hombre, y le da al hombre un nivel de soberanía que solo le pertenece a Dios. Convierte a Dios en Aquel que es escogido pasivamente en lugar de Aquel que escoge activamente, y malinterpreta la forma en que Pedro usa el término conocimiento previo. En 1 Pedro 1:20, el apóstol usa la forma verbal de ese término, *prognosis* en griego, para referirse a Cristo. En ese caso, el concepto de “conocimiento previo” ciertamente incluye la idea de una elección deliberada, de modo que es razonable concluir que lo mismo es cierto cuando Pedro usa *prognosis* para referirse a los creyentes en otros lugares (cf. 1P 1:2).

El noveno capítulo de Romanos también reitera los propósitos electivos de Dios. Allí, la prerrogativa electiva de Dios se muestra claramente en referencia a Su amor salvífico por Jacob (y sus descendientes) en lugar de Esaú (y su linaje). Dios escogió a Jacob en vez de a Esaú, no sobre la base de cualquier cosa que Jacob o Esaú hubieran hecho, sino conforme a Su propósito soberano y libre. A los que pudieran protestar: “¡Eso es injusto!”, Pablo simplemente pregunta: “¿Quién eres tú, oh hombre, que le contestas a Dios?” (Ro 9:20).

Muchos otros pasajes de la Escritura podrían ser añadidos a este estudio. Sin embargo, a pesar de la claridad de la Palabra de Dios, la gente sigue teniendo dificultades para aceptar la doctrina de la elección. La razón, nuevamente, es que permiten que sus nociones preconcebidas de cómo debe actuar Dios (basadas en una definición humana de la justicia) anulen la verdad de Su soberanía tal como se expone en las Escrituras.

Francamente, la única razón para creer en la elección es que se encuentra explícitamente en la Palabra de Dios. Ningún hombre o comité de hombres se inventó esta doctrina. Es como la doctrina del castigo eterno en el sentido de que entra en conflicto con los dictados de la mente carnal. Es repugnante a los sentimientos del corazón no regenerado. Al igual que la doctrina de la santa Trinidad y el nacimiento milagroso de nuestro Salvador, la verdad de la elección, debe ser abrazada con una fe sencilla e incondicional porque ha

sido revelada por Dios. Si tienes una Biblia y crees lo que dice, no tienes otra opción que aceptar lo que enseña.

La Biblia presenta a Dios como el Dueño y Señor de todas las criaturas (Dn 4:35; Is 45:7; Lam 3:38), el Altísimo (Sal 47:2; 83:18), el Creador de los cielos y la tierra (Gn 14:19; Is 37:16), y Aquel a quien nadie puede resistir (2Cr 20:6; Job 41:10; Is 43:13). Él es el Todopoderoso que hace todas las cosas según el consejo de Su voluntad (Ef 1:11; *cf.* Is 14:27; Ap 19:6) y el Alfarero celestial que moldea a los hombres según Su buena voluntad (Ro 9:18-22). En resumen, Él es el que decide y determina el destino de cada hombre, y el que controla cada detalle en la vida de cada individuo (Pro 16:9; 19:21; 21:1; *cf.* Ex 3:21-22; 14:8; Esd 1:1; Dn 1:9; Stg 4:15), lo cual es sencillamente otra manera de decir: “Él es Dios”.

### ¿POR QUÉ QUISO DIOS ELEGIR A LOS REDIMIDOS?

Aunque la doctrina de la elección aplica a todo lo que Dios hace en un sentido general, la mayoría de las veces se refiere, en un sentido neotestamentario, a la elección de pecadores para que sean santos redimidos dentro de la iglesia. La elección divina, en este aspecto particular, habla de la elección independiente y predeterminada de Dios de aquellos a quienes Él salvaría y colocaría en el cuerpo de Cristo. Dios no salvó a ciertos pecadores porque estos lo escogieron a Él, sino porque Él los escogió a ellos.

Pero ¿por qué hizo Dios esto? ¿Por qué determinó soberanamente, desde la eternidad pasada, salvar a una parte de la humanidad caída para que conformaran la comunidad de los redimidos? Para responder a esta pregunta sin interponer erróneamente nuestras propias ideas preconcebidas, debemos recurrir a la Palabra de Dios, pues es allí donde Él nos ha revelado Sus pensamientos. Por supuesto, como seres humanos caídos, nunca podremos comprender completamente la infinita sabiduría de Dios al respecto (*cf.* Ro 11:33-36). No obstante, las Escrituras nos dan varios destellos de la motivación divina detrás de la elección.

¿Por qué, entonces, escogió Dios salvar pecadores?

### LA ELECCIÓN DIVINA Y LA PROMESA DE DIOS

La respuesta comienza con la promesa de Dios. En Tito 1:1-2 leemos: “Pablo, siervo de Dios y apóstol de Jesucristo, conforme a la fe de los escogidos de Dios y al pleno conocimiento de la verdad que es según la piedad, con la esperanza de vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde los tiempos

eternos”. En estos versículos, el apóstol Pablo define brevemente la plenitud de la salvación y la vincula directamente a la promesa eterna de Dios.

La salvación en su totalidad consta de tres partes principales: la justificación (en el mismo momento de su conversión, el pecador es salvo de la pena del pecado mediante el sacrificio sustitutivo de Cristo), la santificación (el pecador es salvo del poder del pecado en esta vida) y la glorificación (el pecador será salvo, final y completamente, de la presencia del pecado en la vida venidera). Como ministro del evangelio, Pablo enfatizó cada uno de estos aspectos en su ministerio.

Debido a que entendía la justificación, él predicaba el evangelio “conforme a la fe de los escogidos de Dios”, reconociendo que a través de la predicación de la verdad, Dios justificaría a aquellos a quienes había escogido salvar (*cf.* Ro 10:14-15). Puesto que entendía la santificación progresiva, Pablo buscaba fortalecer a aquellos que ya habían abrazado la verdad, edificándolos a través del “pleno conocimiento de la verdad que es según la piedad”. Y porque entendía la glorificación, Pablo recordaba apasionadamente a los que estaban bajo su cuidado la “esperanza de la vida eterna”, la consumación definitiva de su salvación en Cristo.

Pablo predicaba el evangelio de Cristo con gran claridad para que así los elegidos pudieran escuchar y creer. Cuando creían, Pablo les enseñaba la verdad para que pudieran llegar a ser piadosos; además, les revelaba la esperanza de la vida eterna, la cual les daba el aliento y la motivación que necesitaban para vivir fielmente.

Habiendo resumido la salvación en tres frases breves, Pablo termina Tito 1:2 con estas palabras: “... la cual Dios, que no miente, prometió desde los tiempos eternos”. El punto del apóstol es que todo el milagro de la salvación, que culmina en la vida eterna, está basado en la promesa absoluta de nuestro Dios fiel. Las Escrituras nos muestran claramente que Dios no puede mentir (*cf.* Nm 23:19; 1S 15:29; Jn 14:6, 17; 15:26). De hecho, como Dios es la fuente y medida de toda verdad, por definición es “imposible que Dios mienta” (Heb 6:18). Así como el diablo habla mentiras “de su propia naturaleza, porque es mentiroso y el padre de la mentira” (Jn 8:44), así también cada vez que Dios habla, Él habla la verdad de Su propia naturaleza, porque Él es el Padre de la verdad.

Este Dios de verdad, quien es el único Dios verdadero, prometió desde los tiempos eternos que aquellos a quienes Él había escogido para ser justificados y santificados en esta vida ciertamente serían glorificados en la vida venidera.

Pero la frase en español “desde los tiempos eternos” no se refiere solamente a la historia de la humanidad. Se traduce literalmente “antes de que el tiempo comenzara”, y significa exactamente eso. Por supuesto, Dios reiteró Su plan de salvación y vida eterna a hombres piadosos como Abraham, Moisés, David y los profetas, pero la promesa original fue hecha y ratificada en la eternidad pasada (cf. Ef 1:4-5; Heb 13:20). Fue antes del inicio del tiempo que Él escogió a quienes abrazarían la fe (Tit 1:1) y prometió salvarlos por toda la eternidad (Tit 1:2).

Pero ¿a quién hizo Dios esta promesa? Si la hizo antes del inicio del tiempo, entonces no pudo haberla hecho a ningún ser humano ni a ningún ser creado. Antes de la creación del tiempo, no existía nada fuera de Dios mismo. Entonces ¿a quién hizo esta promesa?

### LA ELECCIÓN DIVINA Y EL AMOR DEL PADRE

La respuesta la tenemos en 2 Timoteo 1:9. Hablando de Dios, el versículo dice que Él “nos ha salvado y nos ha llamado con un llamamiento santo, no según nuestras obras, sino según Su propósito y según la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús desde la eternidad”. La frase “desde la eternidad” es la traducción al español de la misma frase en griego que aparece en Tito 1:2. Aquí también significa literalmente “antes del inicio del tiempo”. En la eternidad pasada, antes del inicio de la historia, Dios tomó la decisión irrevocable de otorgar la salvación a los redimidos. Esta es la promesa de Tito 1:2, y es una promesa que Dios hizo conforme a Su propio propósito y gracia. Dicho de manera sencilla, fue una promesa que se hizo a Sí mismo.

Más específicamente, como veremos, se trata de una promesa que el Padre hizo al Hijo. El plan de Dios desde la eternidad pasada fue redimir a una parte de la humanidad caída a través de la obra del Hijo y para la gloria del Hijo (cf. 2Ti 4:18). Hubo un momento en la eternidad pasada (imaginándonos que pudiéramos referirnos a la eternidad en términos de tiempo) en el que el Padre quiso expresar Su amor perfecto e incomprensible por el Hijo. Para hacer esto, Él escogió darle al Hijo una humanidad redimida como un regalo de amor; una hermandad de hombres y mujeres cuyo propósito, a lo largo de toda la eternidad, sería alabar y glorificar al Hijo y servirle perfectamente. Los ángeles no serían suficientes en este sentido, ya que hay características del Hijo por las que los ángeles no pueden alabarle adecuadamente, pues nunca han experimentado la redención. Pero una humanidad redimida —humanos que fueran receptores directos de Su favor inmerecido— permanecería como un testimonio eterno de la grandeza infinita de Su misericordia y gracia.

Por lo tanto, el Padre determinó dar al Hijo una humanidad redimida como una expresión visible de Su amor infinito. Al hacerlo, Él seleccionó a aquellos que conformarían esa humanidad redimida y escribió sus nombres en el libro de la vida antes de la fundación del mundo (Ap 13:8; 17:8). Su regalo al Hijo está compuesto por aquellos cuyos nombres están en ese libro: una gozosa congregación de santos, indignos de Su gracia, que alabarán y servirán al Hijo por siempre.

El evangelio de Juan hace que esta maravillosa realidad sea aún más clara. En Juan 6, por ejemplo, Jesús afirma claramente que los creyentes son un regalo que Su Padre le ha dado. Él les dice a Sus oyentes: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a Mí; y al que viene a Mí, de ningún modo lo echaré fuera” (Jn 6:37). Y luego: “Nadie puede venir a Mí si no lo trae el Padre que me envió” (Jn 6:44). En otras palabras, el Padre trae a los pecadores para presentarlos amorosamente al Hijo. Todos aquellos que son traídos, vienen. A todos los que vienen, el Hijo los recibe y los acepta. No serán rechazados porque el Hijo nunca rechazaría a aquellos que son un regalo del Padre.

La salvación, entonces, no viene a los pecadores porque sean inherentemente deseables o atractivos, sino porque el Hijo es inherentemente digno del regalo del Padre. Después de todo, el propósito de la redención es que el Hijo pueda ser exaltado eternamente por los redimidos; no es para el honor del pecador sino para el honor del Hijo. Y en respuesta al amor del Padre, el Hijo acepta con entusiasmo a aquellos que son traídos, solo porque son un regalo del Padre a quien Él ama. Es Su perfecta gratitud lo que hace que el Hijo abra Sus brazos para recibir a los perdidos.

En Juan 6:39, Jesús dice que lo que fue prometido por el Padre está protegido por el Hijo: “Y esta es la voluntad del que me envió: que de todo lo que Él me ha dado yo no pierda nada, sino que lo resucite en el día final”. Cuando el Hijo recibe a aquellos a quienes el Padre trae, Él los mantiene a salvo, asegurando de esta manera que serán resucitados un día para vida eterna (cp. Jn 5:29). Cuando el Hijo resucite a los que le adorarán eternamente, cumplirá el plan que Dios propuso en la eternidad pasada. Como dice Jesús en el versículo 38: “Porque he descendido del cielo, no para hacer Mi voluntad [no para cumplir Mi propio plan], sino la voluntad del que me envió”. Ese plan, como lo explica el Señor en el versículo 39, abarca la futura resurrección de todos los que el Padre le ha dado.

Sin lugar a duda, la doctrina de la seguridad eterna es inherente a esta discusión porque está incorporada en el plan. Cristo protege a los que el Padre

ha escogido. Él nunca perderá a ninguno, ya que ellos son regalos de amor que el Padre le ha dado. Son preciosos, no por su propia hermosura, sino por la hermosura de Aquel que se los dio. Por consiguiente, el Hijo los mantiene seguros, y es por eso “que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni lo presente, ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro 8:38-39).

Esta profunda verdad es reiterada en Juan 17. Unas horas antes de ir a la cruz, Jesús sabía que estaba a punto de experimentar un período de separación del Padre (*cf.* Mt 27:46) en el cual soportaría la ira de Dios a causa del pecado (*cp.* Is 53:10; 2Co 5:21). Reconociendo que Él no podría proteger a los Suyos en ese momento, confió la protección de ellos a Aquel que se los había dado. En Juan 17:9-15, Jesús ruega a Su Padre con estas palabras:

Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me has dado; porque son Tuyos; y todo lo Mío es Tuyo, y lo Tuyo, Mío; y he sido glorificado en ellos. Ya no estoy en el mundo, pero ellos sí están en el mundo, y Yo voy a Ti. Padre santo, guárdalos en Tu nombre, el nombre que me has dado, para que sean uno, así como nosotros. Cuando estaba con ellos, los guardaba en Tu nombre, el nombre que me diste; y los guardé y ninguno se perdió, excepto el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera. Pero ahora voy a Ti; y hablo esto en el mundo para que tengan Mi gozo completo en sí mismos. Yo les he dado Tu palabra y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo. No te ruego que los saques del mundo, sino que los guardes del maligno.

En este contexto, Jesús está orando por los Suyos que están en el mundo. Él reconoce que los redimidos son aquellos que el Padre le ha dado, y reitera que ha sido fiel en protegerlos y preservarlos. Sin embargo, ahora que la cruz se acerca, le pide al Padre que los proteja en el momento en que Él no podrá hacerlo. En la única instancia en toda la historia redentora donde existe la posibilidad de que el maligno interrumpa el plan, el Hijo confía los redimidos al cuidado vigilante y amoroso de Su Padre. Tal como Jesús había dicho anteriormente: “Mi Padre que me las dio es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano del Padre” (Jn 10:29). El Hijo confiaba en que los Suyos estarían a salvo en la mano impenetrable de Su Padre.

En Juan 17:24, Jesús continúa orando: “Padre, quiero que los que me has dado, estén también conmigo donde Yo estoy, para que vean Mi gloria, la gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo”. Aquí, el glorioso propósito del regalo de amor del Padre al Hijo es inconfundible: que la magnífica gloria del Hijo sea exaltada y ensalzada por los redimidos. La motivación del Padre para dar semejante regalo también es clara: evidenciar el amor que había tenido por el Hijo desde antes de la fundación del mundo.

Evidentemente, hay un sentido profundo en el que la doctrina de la elección está más allá de nuestras capacidades finitas de comprensión. Estamos en medio de expresiones de amor intratrinitarias que son insondables e inexpressables. Y se nos recuerda una y otra vez, a medida que se nos dan pequeños destellos del propósito divino detrás de la elección, que la salvación se trata de algo mucho más importante que nuestra propia felicidad.

En Romanos 8:29-30 tenemos otra ventana inspirada hacia esta realidad inconmensurable. Pablo escribe: “Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser hechos conforme a la imagen de Su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a esos también llamó; y a los que llamó, a esos también justificó; y a los que justificó, a esos también glorificó”. Aunque podría decirse mucho de estos versículos, dos puntos son de principal importancia con respecto a la doctrina de la elección. En primer lugar, cuando Dios nos predestinó para Su propósito electivo, Él no solo nos predestinó para el comienzo de nuestra salvación, sino que nos predestinó hasta el final. No fuimos escogidos solo para ser justificados, fuimos escogidos para ser glorificados. La redacción de Pablo no podría ser más sencilla. Lo que Dios comenzó en la elección continúa a través del llamamiento y la justificación, e inevitablemente resultará en la glorificación. Este proceso, que es un proceso de Dios, es a prueba de fallas porque Él es quien está detrás de todo.

En segundo lugar, Dios no solo está salvando a una humanidad escogida y redimida que glorificará y servirá al Hijo para siempre, también los está haciendo semejantes al Hijo. Los redimidos en Cristo serán conformados a Su imagen, lo cual no se llevará a cabo de manera plena y final hasta la glorificación (1Jn 3:2; Fil 3:20-21). Se ha dicho con razón que la imitación es la máxima expresión de alabanza, y ese será el tributo supremo al Hijo, pues Él será el Principal entre muchos que habrán sido hechos como Él.

Ellos reflejarán Su bondad, porque serán como Él, y proclamarán Su grandeza mientras lo adoran sin cesar por la eternidad.

### LA ELECCIÓN DIVINA Y LA FUNCIÓN DEL HIJO

En 1 Corintios 15:25-28, encontramos una extraordinaria conclusión a toda esta discusión. Allí Pablo dice: “Pues Cristo debe reinar hasta que haya puesto a todos Sus enemigos debajo de Sus pies. Y el último enemigo que será abolido es la muerte. Porque Dios ha puesto todo en sujeción bajo Sus pies. Pero cuando dice que todas las cosas le están sujetas, es evidente que se exceptúa a Aquel que ha sometido a Él todas las cosas. Y cuando todo haya sido sometido a Él, entonces también el Hijo mismo se sujetará a Aquel que sujetó a Él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos”.

Refiriéndose al final de los tiempos, este pasaje revela que llegará un día en el que Cristo, el Rey de reyes, tomará Su trono y reclamará el universo que le pertenece. En ese momento, todo será puesto en sujeción a Él, incluyendo la muerte, y todos los redimidos serán reunidos en gloria, regocijándose en la plenitud de la adoración eterna. Cuando todo eso haya ocurrido, “entonces también el Hijo mismo se sujetará a Aquel que sujetó a Él todas las cosas [refiriéndose al Padre], para que Dios sea todo en todos”. En otras palabras, cuando el regalo de amor de una humanidad redimida haya sido entregado a Jesucristo por completo, entonces Él tomará esa humanidad redimida y le devolverá todo al Padre, incluyéndose a Sí mismo, como una expresión recíproca del amor infinito del Padre. En ese momento, los propósitos redentores de Dios se habrán cumplido plenamente.

La doctrina de la elección, entonces, está en el corazón mismo de la historia redentora. No es una doctrina esotérica e insignificante que puede ser trivializada o relegada a debates en las aulas de seminarios. Más bien, está en el centro mismo de cómo entendemos la salvación y la iglesia, ya que moldea nuestro evangelismo, nuestra predicación y nuestra identidad como cuerpo de Cristo.

También nos ayuda a comprender por qué Cristo le da tanta importancia a Su novia, la iglesia: ella es Su regalo de amor de parte del Padre. La iglesia es tan preciosa para Él que estuvo dispuesto a soportar grandes pruebas y finalmente la muerte para recibirla como regalo. “Siendo rico [el Hijo], sin embargo por amor a ustedes se hizo pobre, para que por medio de Su pobreza ustedes llegaran a ser ricos” (2Co 8:9; cf. Fil 2:5-11). Él dejó infinitas riquezas espirituales para que Sus elegidos pudieran heredar esas mismas riquezas

(cf. Ro 8:17). Abrazó la más profunda pobreza, despojándose de Sus comodidades celestiales y del uso independiente de Sus atributos divinos, escogiendo recibir la pena del pecado a través de Su sacrificio en la cruz. Tal como lo explica Pablo: “Al que no conoció pecado [el Hijo], [el Padre] lo hizo pecado por nosotros, para que fuéramos hechos justicia de Dios en Él” (2Co 5:21).

Jesús no fue culpable de nada. Sin embargo, en la cruz, el Padre lo trató como si Él hubiera cometido personalmente cada pecado por cada persona que alguna vez creería. Aunque era inocente, Él sufrió la plenitud de la ira de Dios, soportando la pena del pecado en nombre de aquellos a quienes vino a salvar. De esta manera, el Hijo inmaculado de Dios se convirtió en el sustituto perfecto de los hijos pecaminosos de los hombres.

Como resultado del sacrificio de Cristo, los elegidos son hechos justicia de Dios en Él. De la misma manera en que el Padre trató al Hijo como un pecador, a pesar de que el Hijo no tenía pecado, el Padre ahora trata a los creyentes como justos, a pesar de que son injustos. Jesús dio Su vida por pecadores para cumplir el plan electivo de Dios. Y lo hizo para, al final, poder devolverle al Padre el regalo de amor que el Padre le había dado.

Al contemplar estas verdades, nos encontramos catapultados a las inconmensurables profundidades de los planes y propósitos de Dios. Como exclamó Pablo en Romanos 11:33-36:

¡Oh, profundidad de las riquezas y de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son Sus juicios e inescrutables Sus caminos! Pues ¿quién ha conocido la mente del Señor?, ¿o quién llegó a ser Su consejero?, ¿o quién le ha dado a Él primero para que se le tenga que recompensar? Porque de Él, por Él y para Él son todas las cosas. A Él sea la gloria para siempre. Amén.

Sorprendidos y asombrados, los que aman a Dios solo pueden responder con sincera adoración y humilde sumisión. Deben alabarle por Su misericordia, Su gracia y Su glorioso propósito que lo planeó todo desde antes del inicio del tiempo. Y deben someterse a Su soberanía, no solo en cuanto al universo en general, sino también en los más mínimos detalles de su vida cotidiana. Tal es su papel como parte del regalo de amor del Padre al Hijo. Adorar y servir es lo que se pretendía que hicieran desde la eternidad pasada, y es lo que continuarán haciendo perfectamente en el inefable gozo de la gloria eterna.

La realidad es que los creyentes son simplemente una pequeña parte de un plan divino mucho más grande. En la eternidad pasada, y debido a Su amor por el Hijo, el Padre determinó escoger a una comunidad de redimidos para que alaben al Hijo por toda la eternidad. Y el Hijo, debido a Su amor por el Padre, aceptó este regalo de amor, considerándolo precioso hasta el punto de dar Su vida por él. El Hijo protege a aquellos a quienes el Padre escogió darle, y promete llevarlos a la gloria de acuerdo con el plan predeterminado de Dios.

### UNA LARGA LÍNEA DE HOMBRES DE DIOS

La historia es el desarrollo de este plan de Dios, en el cual aquellos que Él escogió son llamados, justificados y glorificados a través de la persona y la obra del Hijo. La historia comenzó cuando Dios creó el tiempo y el espacio conforme a Su eterno plan redentor, y terminará cuando todos Sus propósitos para Su creación se cumplan de acuerdo con ese mismo plan eterno.

No es de extrañar que los siervos de Dios a lo largo de la historia hayan comprendido y abrazado esta realidad. Desde Moisés hasta el presente, verdaderamente ha habido una larga línea de hombres de Dios que han demostrado esta certeza tanto en sus palabras como en sus vidas. Estos siervos de Dios son nuestros héroes humanos de la fe. Sin embargo, lo que aplaudimos no es una grandeza inherente. Lo que resulta fascinante es que sus vidas y enseñanzas reflejan la grandeza y la gloria de su Dios soberano. Así que el tema de estos volúmenes es el carácter inmutable y la fidelidad de Dios en las doctrinas de la gracia.

En el volumen uno, Steven Lawson establece clara y exhaustivamente el fundamento bíblico para las doctrinas de la gracia. Este volumen proporciona la base bíblica para todo lo que sigue. Los volúmenes dos y tres se erigen como pilares sobre ese fundamento firme, registrando los ecos de la revelación divina a lo largo de la historia de la iglesia. A lo largo de esta obra, se hace rápidamente evidente que los escritores de las Escrituras, y los intérpretes de las Escrituras que los siguieron, defendieron y enseñaron los mismos dogmas inmutables que constituyen la salvación soberana de Dios. Al leer los relatos de estos hombres piadosos, te sorprenderás no por su talento, habilidad o circunstancias únicas, sino por su constancia al practicar y proclamar la misma verdad divina de las doctrinas de la gracia.

Por lo tanto, *Una larga línea de hombres de Dios* no se trata principalmente de hombres, sino más bien del Dios del cual testifican sus vidas. La historia ha demostrado que los hombres piadosos van y vienen, pero el Dios que

habló a través de ellos nunca cambia, y Su mensaje tampoco. Y eso es lo que hace que el trabajo de Lawson sea tan enriquecedor y edificante. El Dios de Moisés, el Dios de Pedro, el Dios de Crisóstomo, el Dios de Lutero, el Dios de Edwards, el Dios de Spurgeon y el Dios a quien servimos hoy en día nos manda a proclamar las verdades inalterables que se establecieron en el pasado. La inmutabilidad de Dios y la eternidad de Sus verdades, particularmente la doctrina de la elección soberana, forman la piedra angular de esta historia.

— JOHN MACARTHUR

*Los Ángeles, 2006*



## PREFACIO

---

### LA “DIVISORIA CONTINENTAL” DE LA TEOLOGÍA

A través de las regiones occidentales de América del Norte hay una línea geográfica imaginaria que determina el flujo de las corrientes de agua hacia los océanos. Se le conoce como la divisoria continental de América. En última instancia, las precipitaciones que caen en el lado este de esta gran división fluirán hacia el océano Atlántico. Del mismo modo, el agua que cae en las laderas occidentales de esta línea se desplazará en sentido contrario hasta desembocar finalmente en el océano Pacífico. No hace falta decir que un vasto continente separa estas inmensas masas de agua. Parece inverosímil pensar que una gota de lluvia que cae en la cima de una montaña en Colorado fluirá hacia el Pacífico, mientras que otra gota que cae cerca de allí fluirá hacia el Atlántico. Sin embargo, una vez que el agua desciende por un lado particular de esta gran línea divisoria, su trayectoria está determinada y su rumbo es inalterable.

La geografía no es el único lugar donde encontramos una gran línea divisoria. En la historia de la Iglesia también hay una gran cordillera: una “divisoria continental” de la teología. Esta gran divisoria doctrinal separa dos corrientes de pensamiento que fluyen en direcciones opuestas. Para ser específicos, esta cordillera determinante es la teología que tenemos sobre Dios, el hombre y la salvación. Este es el más elevado de todos los pensamientos, y divide toda la doctrina en dos escuelas. Históricamente, estas dos perspectivas de Dios y Su gracia salvadora han recibido diversos nombres. Algunos las han identificado como *agustinianismo* y *pelagianismo*, otros las han llamado *calvinismo* y *arminianismo*, otros las han definido como *reformada* y *católica*, mientras que otros han usado los términos *predestinación* y *libre albedrío*. Pero

independientemente de cómo las llamen, estas corrientes están determinadas por la “divisoria continental” de la teología.

Esta división metafórica difiere de la divisoria geográfica en un aspecto clave. Mientras que las corrientes que fluyen al este y al oeste de las Montañas Rocosas descienden gradualmente hacia las llanuras y las tierras bajas para luego llegar hasta los océanos, el terreno a los dos lados de la divisoria doctrinal es completamente diferente. En un lado, encontramos tierras altas de verdad, mientras que en el otro hay pendientes con precipicios de medias verdades y total error.

A lo largo de los siglos ha habido temporadas de reforma y avivamiento en la Iglesia cuando la gracia soberana de Dios se ha proclamado con libertad y enseñado con claridad. Cuando se ha infundido un alto concepto de Dios en las mentes y corazones del pueblo de Dios, la Iglesia se ha sentado en las alturas de la verdad trascendente. Este terreno alto es el calvinismo. Las verdades de la soberanía divina proporcionan la visión más grandiosa y sublime de Dios. Las doctrinas de la gracia sirven para elevar la vida entera de la Iglesia. El gran teólogo de Princeton, Benjamin Breckenridge Warfield, observó lo siguiente hace más de un siglo: “El mundo debería ver cada vez más claramente que el calvinismo hace que el evangelicalismo permanezca o se hunda”.<sup>1</sup> A primera vista, esta impresionante afirmación puede parecer una exageración, incluso una hipérbole. Pero cuanto más se examina, más se puede discernir que el evangelicalismo —la parte del cuerpo de Cristo que se adhiere correctamente a la infalibilidad de las Escrituras, la depravación total del hombre y la soberanía de Dios en todos los aspectos de la vida— siempre necesita de las doctrinas de la gracia soberana para estar anclado en un terreno alto. Sin las enseñanzas teológicas de la verdad reformada concernientes a la soberanía de Dios en la salvación del hombre, la Iglesia se debilita y se vuelve vulnerable, y pronto comenzará una inevitable decadencia hacia creencias bajas, ya sea que se percate o no de esto.

Cada vez que la Iglesia se centra más y más en el hombre, comienza a resbalar por la pendiente, a menudo sin poder recuperarse. Una vez que cede el terreno alto del calvinismo, una iglesia ensimismada pone todo su peso en la pendiente resbaladiza del arminianismo, lo que resulta en una pérdida de

1 B. B. Warfield, “A Review of John Miley’s Systematic Theology” en *Selected Shorter Writings of Benjamin B. Warfield*, ed. John E. Meeter, 2 vols. (Phillipsburg, N.J.: Presbyterian & Reformed, 1973), 2:316; citado en Arthur C. Custance, *The Sovereignty of God* (Phillipsburg, N.J.: Presbyterian & Reformed, 1979), 83-84.

la estabilidad de su fundamento. Trágicamente, el descenso rara vez se detiene allí. Históricamente, las doctrinas centradas en el hombre solo han servido como catalizadoras para una caída aún mayor.

Al ir descendiendo por las laderas resbaladizas del arminianismo, uno pronto descubre que la Iglesia se hunde cada vez más en un sombrío atolladero de ideas heréticas. Inevitablemente, tal descenso abre paso al liberalismo, el rechazo total de la autoridad absoluta de las Escrituras. Con el tiempo, este liberalismo conduce al ecumenismo, esa filosofía mortal que abraza todas las religiones diciendo que todas tienen alguna parte de la verdad. Al continuar en esta espiral descendente, la Iglesia cae en el universalismo, la creencia blasfema de que todos los hombres serán salvos. Aún peor, el universalismo abre paso al gnosticismo, una visión degenerada en donde ni siquiera se puede saber si existe un Dios. Finalmente, la Iglesia cae en el abismo más profundo: las llamas infernales del ateísmo, la creencia de que no hay Dios.

La presentación que hace este libro de las verdades sublimes del calvinismo bíblico es un intento por restablecer el fundamento firme de la Iglesia sobre el terreno alto donde una vez estuvo. Los siguientes capítulos están diseñados estratégicamente para que sus pies se mantengan sobre la cúspide de toda verdad centrada en Dios, las doctrinas de la gracia. En cada sección de las Escrituras veremos lo que se ha identificado históricamente como los cinco puntos del calvinismo: depravación radical, elección soberana, expiación definitiva, llamado irresistible y gracia preservadora. Examinaremos prácticamente todos los textos bíblicos que enseñan cada una de estas doctrinas principales. Al hacerlo, fortaleceremos nuestras propias convicciones y ponderaremos su poder transformador para el creyente. Consideraremos cuidadosamente cómo estas verdades elevan drásticamente los ministerios, expanden las misiones y, como resultado, alteran el curso de la historia.

Nunca ha sido tan necesario que las verdades de la gracia soberana se establezcan firmemente en la Iglesia. Es urgente que su concepto de Dios sea corregido para que pueda fluir en la dirección correcta. La mente de la Iglesia moldeará su adoración; su adoración determinará la manera en que vive, sirve y evangeliza. Una percepción correcta de Dios y de la obra de Su gracia le ayudará a priorizar todo lo que sea vital e importante. La Iglesia debe recuperar su perspectiva elevada de Dios para poder estar anclada a la roca sólida de Su supremacía absoluta en todas las cosas. Solo así podrá tener una orientación centrada en Dios en todos los asuntos del ministerio. Creo que esta es la necesidad apremiante de nuestros días.

Emprendamos esta búsqueda que exalta a Dios Padre y honra a Cristo. En última instancia, lo que está en juego es nuestra perspectiva de Dios, y esto afectará todo en nuestras vidas. ¡Que podamos elevarlo al lugar más alto en nuestros corazones, aquel que le pertenece exclusivamente a Él! Solo a Dios sea la gloria por siempre. Amén.

— STEVEN J. LAWSON

*Mobile, Alabama, 2006*

## RECONOCIMIENTOS

---

Quiero expresar mi más profunda gratitud al Dr. John MacArthur por su prólogo para este volumen: ‘La inmutabilidad divina y las doctrinas de la gracia’. Durante treinta y cinco años, el Dr. MacArthur ha agudizado mi mente y alimentado mi alma a través de su exposición de las Escrituras, pues siempre está centrada en Dios.

También quiero agradecer al Dr. R. C. Sproul, cuya influencia personal en mi vida ha sido significativa. Durante los años de mis estudios de doctorado estuve bajo su influencia directa, y cada sesión de clase está grabada de manera vívida en mi mente. El hecho de que haya contribuido con un epílogo para este volumen es sumamente gratificante.

Un grupo especial de personas ayudó a hacer de *Fundamentos de la gracia* una realidad. Primero, debo expresar mi gratitud a los hombres de *Christ Fellowship Baptist Church*, que se reunieron conmigo todos los viernes en la mañana durante más de un año para estudiar las verdades de estos capítulos. Su compromiso con las doctrinas de la gracia me ha animado grandemente.

Debo expresar mi agradecimiento a Greg Bailey, el entonces director de publicaciones del sello editorial de *Ligonier* quien prestó su cuidadosa atención y destreza al manuscrito, mejorando su precisión y legibilidad. También quiero expresar mi gratitud a John Tweeddale, decano académico del *Reformation Bible College*, y a Kevin Gardner, editor asociado de *Ligonier*, por sus revisiones adicionales. Chris Larson, presidente y director ejecutivo de *Ligonier*, es responsable en gran medida de la producción de este libro.

Mi hijo, James Lawson, hizo una investigación considerable para este libro. Keith Phillips y Chuck Finster hicieron contribuciones útiles. Kay Allen, mi asistente ejecutiva, desempeñó un papel especialmente importante al digitar este manuscrito y coordinar todo de principio a fin.

Quiero agradecer a mi esposa, Anne, y a nuestros cuatro hijos (Andrew, James, Grace Anne y John) por su amor incondicional al apoyarme en mi predicación de estas verdades que exaltan a Dios.

*Soli Deo Gloria.*



# UNA LARGA LÍNEA DE HOMBRES DE DIOS

SIERVOS DE LA GRACIA SOBERANA:  
DESDE MOISÉS HASTA EL PRESENTE

**C**omenzando con el antiguo profeta Moisés y a lo largo de los últimos tres mil quinientos años, una larga línea de hombres de Dios ha marchado sobre el escenario de la historia humana, hombres que han levantado fielmente el estandarte real de las doctrinas de la gracia en sus generaciones. Estos hombres forman una noble procesión que se ha mantenido ininterrumpida e inquebrantable durante milenios. Ellos son uno en la verdad, uno en la fe y uno en las doctrinas de la gracia. A pesar de tener diferencias en áreas secundarias del entendimiento bíblico, todos creen en la soberanía suprema mediante la cual Dios ha determinado otorgar gracia salvífica a pecadores que son indignos, pero que han sido escogidos. Más aún, cada uno ha aparecido en la historia precisamente en el momento señalado por Dios, y cada uno ha testificado fielmente de la soberanía de Dios en la salvación del hombre.

¿Quiénes son estos grandes hombres de la historia? Estos son los predicadores más apasionados de sus épocas, los maestros más saturados de la Palabra de sus tiempos, los hombres que más impactaron sus generaciones para la gloria de Dios. Estos son los valientes de la fe, los pilares más robustos de la iglesia; los hombres que impactaron a las naciones e influenciaron continentes para Cristo; los que iniciaron reformas y comenzaron avivamientos

espirituales. Estos son los guerreros valientes del Reino de Dios, quienes tradujeron las Escrituras a las lenguas maternas de su pueblo, y fueron quemados en la hoguera por hacerlo.

Estos son los hombres que fundaron denominaciones bíblicas y lanzaron misiones que propagaron el evangelio; hombres que dejaron un impacto eterno y duradero en la vida de la iglesia. Estos están entre los pastores más estimados, los teólogos más distinguidos y los autores más prolíficos de sus generaciones. Son evangelistas apasionados, profesores académicos y presidentes de universidades y seminarios bíblicos; hombres respetables que han elevado el estándar de la sana doctrina. Estos son los hombres que han defendido las doctrinas de la gracia.

Los vemos marchando hacia el escenario de la historia, donde el mundo es su teatro y las Escrituras conforman las líneas que han ensayado. Un sinnúmero de estos hombres aparecieron durante las escenas más difíciles del libreto divino, en los días en que la iglesia estaba en su momento más débil. Sin embargo, en medio de días oscuros de error doctrinal, estos hombres permanecieron fieles a la Palabra de Dios y a su mensaje, atreviéndose incluso a oponerse a la teología que más se aceptaba en sus tiempos. En cierto modo, estos mensajeros de la verdad fueron las pequeñas bisagras sobre las cuales giraron las grandes puertas de la historia redentora, permitiendo así que la Iglesia volviera a fijar su mirada en el futuro radiante que le espera. De manera similar, cuando ocurrieron los más grandes avivamientos y reformas de la iglesia, estos hombres se pararon firmemente al frente, anunciando a todos la gloriosa verdad de la soberanía de Dios en la salvación del hombre. Siglo tras siglo, esta sucesión ininterrumpida de hombres valientes ha aumentado sus filas hasta convertirse en un extenso desfile: una larga línea de hombres de Dios, ininterrumpida e íntegra.

#### UN ALTO CONCEPTO DE LA SOBERANÍA DE DIOS

¿Cuál es el norte de estos hombres? ¿Qué los mueve a salir y avanzar en nombre de Dios en sus respectivas generaciones? ¿Qué los impulsa a emplear su tiempo para Cristo? ¿Qué hace que sus almas ardan apasionadamente por Él y sean las antorchas más brillantes de la verdad en sus tiempos? La respuesta es clara y contundente: son gobernados por un alto concepto de la soberanía de Dios. Estos hombres forman un ejército de expositores y maestros que anuncian el señorío inigualable de Dios en el cielo y la tierra porque tienen una visión trascendente y triunfante de Dios gobernando supremamente sobre

todas las cosas. Su grandeza inusual se debe a que ellos predicán y proclaman a un Dios infinitamente grandioso, Uno que es grande en santidad y soberanía. Su grandeza no se encuentra en ellos mismos, sino en Aquel que los ha llamado a Su glorioso servicio.

Estos son hombres que creen que Dios es Dios y que no solo predicán esta verdad, sino que viven conforme a esta realidad. Estos son los fieles mensajeros que se aferran a la verdad central de que Dios habla y así ocurre. Ellos proclaman que los propósitos Dios se cumplen, que Él llama y sucede, que Él planifica y obra conforme a Su plan. No hay fuerza que pueda contra Él, ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra. Él declara el final desde el principio; Su propósito será infaliblemente establecido.

El mensaje de estos hombres se basa en el testimonio claro de la Escritura de que Dios es soberano sobre todas las cosas. Con este fin, el salmista escribe: “El SEÑOR hace nulo el consejo de las naciones; frustra los designios de los pueblos. El consejo del SEÑOR permanece para siempre, los designios de Su corazón de generación en generación” (Sal 33:10-11); “El SEÑOR reina, vestido está de majestad; el SEÑOR se ha vestido y ceñido de poder; ciertamente el mundo está bien afirmado, será incommovible. Desde la antigüedad está establecido Tu trono; Tú eres desde la eternidad” (Sal 93:1-2); “El SEÑOR ha establecido Su trono en los cielos, y Su reino domina sobre todo” (Sal 103:19); “Nuestro Dios está en los cielos; Él hace lo que le place” (Sal 115:3); “Todo cuanto el SEÑOR quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos” (Sal 135:6). ¿Pudieran estas expresiones ser más claras? Dios hace lo que le place.

La sabiduría de Salomón hace eco de este mismo dominio inescrutable de Dios. Salomón escribe: “Muchos son los planes en el corazón del hombre, mas el consejo del SEÑOR permanecerá” (Pro 19:21); “Por el SEÑOR son ordenados los pasos del hombre, ¿cómo puede, pues, el hombre entender su camino?” (Pro 20:24); “Como canales de agua es el corazón del rey en la mano del SEÑOR; Él lo dirige donde le place” (Pro 21:1); y “No vale sabiduría, ni entendimiento, ni consejo, frente al SEÑOR. Se prepara al caballo para el día de la batalla, pero la victoria es del SEÑOR “ (Pro 21:30-31).

El profeta Isaías declaró la soberanía incondicional de Dios sobre todos los eventos, todas las circunstancias y todos los pueblos. Dios mismo habló a través de Isaías diciendo: “Aun desde la eternidad, Yo soy, y no hay quien libre de Mi mano; Yo actúo, ¿y quién lo revocará?” (Is 43:13); “Yo soy Dios, y no hay otro; Yo soy Dios, y no hay ninguno como Yo, que declaro el fin desde el

principio y desde la antigüedad lo que no ha sido hecho. Yo digo: ‘Mi propósito será establecido, y todo lo que quiero realizaré’... he hablado, ciertamente haré que suceda; lo he planeado, así lo haré” (Is 46:9-11); “Por amor Mío, por amor Mío, lo haré... Mi gloria, pues, no la daré a otro’ (Is 48:11). No puede haber confusión en estos versículos: Dios hace lo que planifica, y todos Sus propósitos se cumplirán.

El profeta Daniel y los gobernantes más poderosos de su tiempo también afirmaron esta imponente soberanía de Dios. Daniel registró estas palabras de Nabucodonosor, rey de Babilonia: “El Altísimo domina sobre el reino de los hombres, y se lo da a quien le place, y pone sobre él al más humilde de los hombres” (Dn 4:17). Nabucodonosor confesó humildemente: “Porque Su dominio es un dominio eterno, y Su Reino permanece de generación en generación. Y todos los habitantes de la tierra son considerados como nada, mas Él actúa conforme a Su voluntad en el ejército del cielo y entre los habitantes de la tierra; nadie puede detener Su mano, ni decirle: ‘¿Qué has hecho?’” (Dn 4:34-35). Darío, el rey de los medos y persas, exclamó: “Porque Él es el Dios viviente que permanece para siempre, y Su Reino no será destruido y Su dominio durará para siempre. Él es el que libra y rescata, hace señales y maravillas en el cielo y en la tierra” (Dn 6:26-27).

Este es el Dios majestuoso y maravilloso de estos grandes hombres. Predicaban poderosamente acerca de un Dios tan soberano que no puede ser resistido ni por el hombre, ni por el cielo, ni por el infierno, ni por Satanás, ni por los demonios caídos, ni por los ángeles elegidos. Proclamaron a un Dios Creador que controla, sustenta y determina todas las cosas. En resumen, declararon la supremacía de un Dios que controla toda la historia y ha ordenado el fin desde el principio. Este es el Dios que confesaron ante el mundo entero. Cumplieron fielmente el ruego urgente del salmista: “Decid entre las naciones: ‘El SEÑOR reina’” (Sal 96:10). ¿Es de extrañar que Dios haya bendecido sus esfuerzos de una forma tan asombrosa?

### LA SOBERANÍA DE DIOS EN LA SALVACIÓN

Las doctrinas de la gracia son un sistema cohesivo de teología en el que la soberanía de Dios se muestra claramente en la salvación de los pecadores elegidos. Este sistema no solo reconoce que Dios reina sobre toda la historia humana—tanto en los pequeños detalles como en los grandes acontecimientos—sino que también lo considera soberano en la administración de Su gracia salvífica. Desde Génesis hasta Apocalipsis podemos ver que Dios decide a quién quiere

conceder Su misericordia. Vemos que desde antes de la fundación del mundo Él escogió a aquellos a quienes salvaría, y cómo Él ha ido ejecutando Su plan de salvación.

El apóstol Pablo anunció claramente la gracia soberana de Dios en la salvación del hombre. Él escribió que, desde la eternidad, Dios escogió, quiso, decidió y planificó salvar a algunos pecadores. Elegir es escoger, y Dios escogió a los que serían salvos. Pablo escribió: “Porque Él dice a Moisés: TENDRÉ MISERICORDIA DEL QUE YO TENGA MISERICORDIA, Y TENDRÉ COMPASIÓN DEL QUE YO TENGA COMPASIÓN. Así que no depende del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia” (Ro 9:15-16). Es decir, Dios decide a quién salvará para mostrar Su gloria: “Según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de Él. En amor nos predestinó para adopción como hijos para Sí mediante Jesucristo, conforme al beneplácito de Su voluntad” (Ef 1:4-5); “... sabiendo, hermanos amados de Dios, de la elección de ustedes” (1Ts 1:4); “... porque Dios los ha escogido desde el principio para salvación mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad” (2Ts 2:13); “... quien nos ha salvado y nos ha llamado con un llamamiento santo, no según nuestras obras, sino según Su propósito y según la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús desde la eternidad” (2Ti 1:9); y “Pablo, siervo de Dios y apóstol de Jesucristo, conforme a la fe de los escogidos de Dios” (Tit 1:1).

Los apóstoles Pedro y Juan enseñaron precisamente la misma autoridad suprema de Dios en la salvación de Sus elegidos. Pedro escribió: “Pedro, apóstol de Jesucristo: A los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos...” (1P 1:1); y “Así que, hermanos, sean cada vez más diligentes para hacer firme su llamado y elección de parte de Dios” (2P 1:10). El apóstol Juan escribió: “La bestia que viste, era y no es, y está para subir del abismo e ir a la destrucción. Y los moradores de la tierra, cuyos nombres no se han escrito en el libro de la vida desde la fundación del mundo, se asombrarán al ver la bestia que era y no es, y que vendrá” (Ap 17:8).

#### LA GLORIA DE DIOS ES LO PRIMORDIAL

En este sistema de teología, la gloria de Dios es central. Así como los planetas giran alrededor del sol, así mismo cada verdad de la gracia soberana gira alrededor de este punto fijo: la gloria de Dios. La preeminencia incomparable de Dios se encuentra en el centro de este universo teológico. Lo que energiza este sistema solar de la verdad es que Dios es el principal objeto de alabanza en la

manifestación de Su gracia. Así como la brújula siempre apunta al norte, así también las doctrinas de la gracia apuntan constantemente a las alturas sublimes de la gloria de Dios.

¿Qué es la gloria de Dios? La Biblia presenta la gloria de Dios en dos formas principales. La primera es la gloria *intrínseca* de Dios, que es la suma total de todas Sus perfecciones y atributos divinos; es quién es Dios. En el Antiguo Testamento, *gloria* (*kabod*) significaba “peso”, “importancia” o “valor”. Llegó a representar la asombrosa magnificencia de un rey majestuoso y la del sol. Por lo tanto, este término se usó para describir el magnífico esplendor y el impresionante resplandor de Dios revelado al hombre. En el Nuevo Testamento, la palabra para “gloria” es *doxa*, que significa “una opinión” o “una estimación” de algo. Cuando se usa para referirse a la reputación de alguien, significa “importancia”, “grandeza”, “renombre” o “valor”. La gloria intrínseca de Dios es la revelación de la grandeza de Sus atributos a Sus criaturas. Es la manifestación de Su grandeza y majestad a los pecadores, especialmente en la salvación del hombre. Nadie puede agregar nada a la gloria intrínseca de Dios. Dios es quien Él es y siempre es el mismo: el Gobernante soberano, omnisciente, omnipotente, omnipresente, veraz, sabio, amoroso, misericordioso, justo, santo y lleno de gracia. Dios se deleita en dar a conocer esta gloria intrínseca a Sus criaturas.

La segunda es la gloria *adscrita* de Dios, o la gloria que se le da a Él. *Doxa* también tiene que ver con expresar alabanza a Dios por la revelación de Su suprema majestad. La única respuesta legítima a la manifestación de las perfecciones de Dios debe ser darle gloria. El hombre debe ofrecer la alabanza debida a Su nombre, la adoración que le pertenece exclusivamente a Él. El despliegue de la gloria *intrínseca* de Dios hace que el hombre dé gloria *adscrita* a Dios. Cuanto más el hombre contempla la gloria *intrínseca* de Dios en la salvación, más gloria le adscribe.

Esta es la pieza central del propósito salvífico de Dios en el universo: la revelación y magnificación de Su propia gloria. Esto es lo que está en el mismo centro del ser de Dios: la búsqueda apasionada de la demostración de Su propia gloria para Su propia gloria. Esto es lo que debe estar en el centro de cada vida humana: promover la gloria de Dios, es decir, contemplar y adorar Su gloria. Esto es lo principal en la salvación de todo pecador perdido: la revelación de la gloria de Dios para que los pecadores puedan regocijarse en la gloria de Dios. No es de extrañar que Pablo escriba: “Porque de Él, por Él y para Él son todas las cosas. A Él sea la gloria para siempre. Amén” (Ro 11:36).

## LA GLORIA DE DIOS MANIFESTADA EN LAS DOCTRINAS DE LA GRACIA

Esta gloria intrínseca de Dios, que es resplandeciente, asombrosa y magnífica, se muestra más plenamente en las doctrinas de la gracia. Y en este orden de verdad, la gloria *adscrita* se da de manera más libre y completa a Dios. Aquí, los tres miembros de la Deidad —Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo— trabajan juntos como un Salvador, unidos indivisiblemente para rescatar a pecadores radicalmente corruptos.

La Biblia enseña que, antes del inicio del tiempo, Dios Padre escogió a un pueblo para Sí mismo para que fueran adoradores de Su gloria al convertirse en objetos de Su gracia. Como una expresión de Su amor infinito por Su Hijo, el Padre le entregó un regalo de amor a Cristo: un grupo de elegidos, un pueblo que lo alabaría por toda la eternidad. El Padre entonces encargó a Su Hijo que viniera a este mundo para redimir a estos escogidos a través de Su muerte sacrificial. El Padre, junto con el Hijo, también envió al Espíritu a este mundo para aplicar la obra salvífica del Hijo a este mismo grupo de pecadores elegidos. Esta gran cantidad de santos redimidos —aquellos elegidos por Dios, comprados por Cristo y llamados por el Espíritu— nunca se apartarán de la gracia. Todos ellos serán transportados al cielo y glorificados para siempre. Este es el triunfo de la gracia soberana que honra a Dios.

Bíblicamente hablando, estas verdades se han expresado usando cinco puntos principales que muestran la gloria de Dios en la salvación del hombre. Cada una de estas verdades está profundamente enraizada y sólidamente plantada en el terreno fértil de la Palabra de Dios. Cuando la Biblia es interpretada correctamente, expuesta cuidadosamente y explicada adecuadamente, enseña claramente estas verdades, que han sido identificadas como depravación total, elección incondicional, expiación limitada, gracia irresistible y perseverancia de los santos.<sup>1</sup> Estas doctrinas fueron plasmadas por primera vez de forma confesional en el Sínodo de Dort (1618-1619), celebrado en Holanda. Los cánones de Dort, conocidos hoy como los cinco puntos del calvinismo, fueron una respuesta a los remonstrantes (1610) —los seguidores de Jacobo

1 El origen del acrónimo TULIP para describir estas cinco verdades parece ser de principios del siglo veinte y fue popularizado por Loraine Boettner en su libro *The Reformed Doctrine of Predestination* (Phillipsburg, N.J.: Presbyterian & Reformed, 1932). Aunque la teología reformada consiste en más de cinco puntos, estas enseñanzas encapsulan la doctrina reformada de la gracia soberana de Dios en la salvación y proveen un resumen de los cánones de Dort. Para leer más sobre el origen de TULIP, ver Kenneth J. Stewart, *Ten Myths About Calvinism: Recovering the Breadth of the Reformed Tradition* (Downers Grove, Ill.: IVP Academic, 2011), 75-96. Para consultar un estudio de los cinco puntos del calvinismo, ver Joel R. Beeke, *Living for God's Glory: An Introduction to Calvinism* (Orlando, Fla.: Reformation Trust, 2008), 3-150.

Arminio—, quienes formularon lo que ahora se conoce como los cinco puntos del arminianismo. Estos cinco puntos son la antítesis del calvinismo bíblico, y son: depravación parcial, elección condicional, expiación universal, gracia resistible y la posible caída de los santos.

Estos dos sistemas de pensamiento representan dos formas distintas de pensar acerca de los roles de Dios y del hombre en la salvación. En el primer sistema, el calvinismo, Dios es el centro y Cristo es exaltado. Solo Dios es el Salvador y, por lo tanto, solo Dios es digno de alabanza. En el otro sistema, el arminianismo, se presenta una perspectiva completamente opuesta. El arminianismo, también conocido históricamente como semipelagianismo y wesleyanismo, divide el mérito por la salvación de la raza humana entre Dios y el hombre. Como resultado, a Dios no se le da la gloria que solo Él merece. En el primer sistema, el de las doctrinas de la gracia, la salvación es completamente del Señor. Solo Dios provee todo lo que es necesario, tanto la gracia como la fe. Pero en este último esquema, una parte de la salvación viene de Dios y la otra parte viene del hombre. Aquí Dios provee la gracia y el hombre provee la fe; el hombre se convierte en su propio cosalvador. En el primer sistema, toda la gloria es solo de Dios. Pero en este último, la alabanza es compartida entre Dios y el hombre. El único problema es que Dios no comparte Su gloria con nadie.

#### LA DEPRAVACIÓN DEL HOMBRE Y LA SOBERANÍA DE DIOS

El primer punto de las doctrinas de la gracia es *la depravación total o depravación radical*. Esta es la doctrina que señala la ruina del hombre en el pecado, y sirve como el fondo negro sobre el cual se exhibe la gracia salvífica de Dios. Toda la humanidad nace espiritualmente muerta en delitos y pecados. El hombre caído es totalmente depravado. El pecado ha afectado radical y totalmente al hombre. Es decir, cada parte del hombre —su mente, sus emociones y su voluntad— está contaminada por el pecado. Su mente está entenebrecida, haciéndolo incapaz de ver la verdad acerca de Dios, de Cristo y de sí mismo. Su corazón está corrompido y no desea a Dios, sino que ama su pecado. Su voluntad está muerta y no puede elegir lo que es correcto. Debido a esta inhabilidad total, los pecadores son esclavos del pecado, incapaces de cambiar y volverse buenos. Al estar muerto en sus pecados, el hombre ni siquiera desea buscar lo que es recto. En resumen, el hombre no regenerado es totalmente incapaz de hacer algún bien espiritual, no puede hacer nada para eliminar su pecado y no puede contribuir a su salvación. Peor aún, si fuera por él, el hombre caído nunca buscará a Dios ni Su gracia.

El segundo punto principal es la *elección incondicional* o *elección soberana*. Debido a que ningún hombre pecador puede escoger a Dios, Él debe escoger al hombre. La Biblia enseña que Dios escogió a individuos específicos desde antes de la fundación del mundo para que fueran objetos de Su gracia salvífica. De entre los hijos caídos de la raza de Adán, Dios seleccionó a Sus elegidos, aquellos a quienes salvaría. Esta elección no se basó en ninguna buena obra o fe que Él haya previsto en ellos. Más bien, esta elección fue hecha exclusivamente por la gracia de Dios. Después de haber escogido a Sus elegidos, el Padre los entregó al Hijo como una expresión de Su amor, y comisionó al Hijo para que entrara al mundo y comprara su salvación. Además, el Padre, junto con el Hijo, encargó al Espíritu Santo la regeneración de estos escogidos. Antes del inicio del tiempo, esto estaba preordenado y predestinado por la voluntad soberana de Dios. Esta es la gracia salvífica de Dios el Padre en la eternidad pasada.

#### REDENCIÓN LOGRADA Y APLICADA

El tercer punto es la *expiación limitada* o *expiación definida*. Habiendo recibido los nombres de los elegidos del Padre en la eternidad pasada, Jesucristo vino a este mundo para comprar su salvación. En la cruz, Jesús no hizo que el mundo entero fuera potencialmente salvable, sino que Él *realmente salvó* a los Suyos. Jesús aseguró la vida eterna para Sus ovejas, compró a la iglesia con Su propia sangre y redimió a un grupo específico, muriendo por todos los que el Padre le había confiado; Él propició la ira de Dios. Todos aquellos por quienes murió fueron verdaderamente salvos a través de Su muerte y ninguno perecerá. Esta fue la gracia salvífica de Dios el Hijo hace dos mil años.

El cuarto punto es la *gracia irresistible* o el *llamado irresistible*. El Padre y el Hijo han enviado al Espíritu Santo a este mundo para traer convicción, llamar y regenerar a todos los elegidos. A medida que el evangelio se proclama por todo el mundo, el Espíritu hace un llamado interno especial a los elegidos por el Padre. El Espíritu regenera almas que están muertas espiritualmente, levanta al pecador perdido de la tumba espiritual, concediéndole arrepentimiento y fe; abre ojos ciegos para que puedan ver la verdad, abre oídos sordos para que escuchen la verdad, abre corazones cerrados para que puedan recibir la verdad, activa voluntades muertas para que puedan creer la verdad. El Espíritu aplica la muerte salvífica de Cristo a los corazones de todos los elegidos. Esta es la gracia salvífica de Dios el Espíritu Santo en el tiempo.

### SALVOS Y SEGUROS POR SIEMPRE

El quinto punto es la *perseverancia de los santos* o la *gracia preservadora*. La Biblia enseña que todos los elegidos son guardados por el poder de Dios. Ninguno de los escogidos del Padre se perderá jamás. Ninguno de aquellos por quienes el Hijo murió perecerá. Nadie que sea regenerado por el Espíritu se apartará de la gracia. Todos los que han recibido la gracia salvífica de Dios serán conducidos a la gloria, y serán protegidos y preservados para siempre. Esta es la visión completa de la salvación. Al considerar todo este proceso que va desde la eternidad pasada hasta la eternidad futura, la salvación debe ser vista como una obra de gracia. Aquellos a quienes Dios escogió desde antes del inicio del tiempo son aquellos que serán salvos para siempre cuando el tiempo ya no exista. Todos los elegidos perseverarán porque Dios mismo perseverará en ellos, y los presentará sin mancha ante Su trono.

Este entendimiento bíblico de la salvación revela claramente que la salvación es completamente por gracia. De principio a fin, cada aspecto de la gracia salvífica es un don gratuito de Dios, otorgado soberanamente a pecadores que no lo merecen. Cada miembro de la Deidad obra en perfecta unidad y armonía al llevar a cabo esta salvación. Primero, Dios el Padre escogió a Sus elegidos por Sí mismo y para Sí mismo en la eternidad pasada. Segundo, Dios el Hijo redimió a todos los que el Padre escogió y le encomendó. Tercero, Dios el Espíritu Santo regenera a estos escogidos y redimidos. Juntas, las tres Personas —Padre, Hijo y Espíritu— salvan a los pecadores. Los cinco puntos de la salvación bíblica se fusionan para formar este único punto determinante: Dios salva a los pecadores por Su gracia y para Su gloria. Lo que el hombre caído no puede hacer por sí mismo, Dios lo hace. Lo que humanos pecaminosos ni siquiera buscan, Dios lo procura y lo logra. Nuestro Dios trino activa, realiza y aplica la gracia salvífica a Sus elegidos. En este esquema, la salvación debe ser vista como “de Él, por Él y para Él” (Ro 11:36). Cuando la salvación es vista a la luz de esto, solo entonces se puede decir: “A Él sea la gloria para siempre. Amén”.

### LA GRAN LÍNEA COMIENZA AQUÍ

¿Es esta realmente la enseñanza de la Escritura? Sin duda alguna, estas verdades centradas en Dios fueron registradas en las páginas de la Palabra por hombres santos de Dios, comenzando por los profetas tenaces y los reyes ungidos de Israel. Moisés escribió los primeros cinco libros de la Biblia, el Pentateuco, y enseñó muy claramente la soberanía de la gracia divina. Estas

mismas verdades fueron enseñadas por los escritores de los libros históricos y sapienciales del Antiguo Testamento: Josué, Samuel, Esdras, Nehemías, David, los otros salmistas y Salomón. Todos los profetas hablaron al unísono sobre estas preciosas verdades: Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, Oseas, Amós, Jonás, Miqueas, Nahúm, Hageo, Zacarías y Malaquías. Cada uno hizo una contribución significativa al registro inspirado de las doctrinas de la gracia. Luego, en el Nuevo Testamento, la gran línea continuó con las enseñanzas del Señor Jesús en los cuatro evangelios, así como con las de Pedro, Pablo, Lucas, el autor de Hebreos, Santiago, Judas y Juan. La enseñanza de la gracia soberana se encuentra a lo largo de toda la Biblia.

Estas verdades que exaltan a Dios también fueron la posición bien estudiada y firmemente sostenida de un vasto ejército de hombres firmes a través de los siglos. Puede que los que abrazan estas verdades hoy en día sean la minoría, pero las doctrinas de la gracia fueron la convicción de los que dirigieron la iglesia primitiva. Después de los autores bíblicos vinieron los primeros padres de la iglesia, hombres como Clemente de Roma, Justino Mártir, Ireneo, Atanasio, Agustín y Jerónimo. Ellos enseñaron las doctrinas de la gracia porque creían que estaban escritas en las Escrituras.

Después de estos hombres aparecieron muchas luces brillantes durante los años oscuros, siervos fieles como Gallus, Gottschalk, Peter Waldo, Anselmo y Thomas Bradwardine. Luego, antes del comienzo de la Reforma, hubo precursores notables como John Wycliffe, John Hus, Savonarola y William Tyndale. Todos estos hombres anunciaron las doctrinas de la gracia soberana.

### LOS REFORMADORES SE UNEN AL EJÉRCITO

En los días sin precedentes de la Reforma —durante los siglos dieciséis y diecisiete—, Europa tuvo a varios gigantes espirituales. Estos reformadores eran eruditos en las Escrituras que dependían del Espíritu Santo, hombres como Martín Lutero, Martín Bucer, Ulrico Zwinglio, Juan Calvino, Teodoro Beza, Francis Turretin y aquellos santos que se reunieron en el Sínodo de Dort en Holanda. Todos ellos creían sólidamente en la predestinación y estaban comprometidos firmemente con las doctrinas de la gracia soberana. Solo un mensaje tan poderoso como este pudo haber trastornado a Europa.

Luego les siguieron los reformadores escoceses e ingleses —John Knox, John Foxe, John Rogers, Nicholas Ridley, Hugh Latimer y otros semejantes—, hombres que sostuvieron la antorcha de la verdad en las Islas Británicas. Los testimonios de muchos de estos hombres fueron sellados con su sangre, pues

estos reformadores británicos de primera línea creían en la gracia soberana de Dios. Después de ellos llegaron los puritanos, hombres fieles como Thomas Goodwin, Richard Sibbes, Jeremiah Burroughs, John Owen, Thomas Watson y Matthew Henry. Estos escoceses e ingleses proclamaron a un Dios que otorga libremente Su misericordia salvífica a quien Él quiere. Durante este mismo período Dios levantó a algunos bautistas particulares que también sonaron la melodía de la gracia soberana: Juan Bunyan, Benjamin Keach y John Gill.

### LA GRAN LÍNEA CRUZA EL ATLÁNTICO

En la providencia de Dios, las verdades de las doctrinas de la gracia pronto fueron llevadas al otro lado del Atlántico por hombres que buscaban libertad religiosa. Los peregrinos eran claramente calvinistas, pues trajeron con ellos sus Biblias de Ginebra y predicaron usándolas. Los primeros líderes coloniales fueron firmemente reformados. Aquellos que fundaron los primeros estados —hombres como John Winthrop, Thomas Hooker, Roger Williams, Increase Mather y Cotton Mather— eran todos calvinistas. Las primeras universidades estadounidenses, Harvard y Yale, eran calvinistas, establecidas para capacitar a ministros reformados que predicarían la doctrina reformada.

El fuego del avivamiento ardió intensamente en las colonias establecidas de Nueva Inglaterra. A la cabeza de este movimiento, conocido como el Gran Avivamiento, estaban pastores, evangelistas y educadores calvinistas. William Tennent, Sr., y sus hijos, Gilbert y William Tennent, lideraron a pastores presbiterianos que establecieron el Log Cabin College con el objetivo de capacitar a pastores para que predicaran la Biblia. Jonathan Edwards, de Northampton, Massachusetts, fue el principal pastor de la época y era un calvinista estricto del más alto nivel. George Whitefield, de Bristol, Inglaterra, fue indiscutiblemente el evangelista más distinguido de esa época, quizás de cualquier época, y era reformado hasta la médula. Cuando Harvard y Yale sucumbieron en la pendiente resbaladiza del arminianismo, Princeton fue levantado para convertirse en el nuevo bastión del calvinismo. Se establecieron otras universidades que fueron claramente reformadas: Rutgers, Dartmouth y Brown. Las enriquecedoras verdades de la gracia soberana saturaron el suelo de las colonias primitivas. El calvinismo era la cosmovisión dominante de la época.

Al iniciar la guerra de independencia de los Estados Unidos, los pensadores reformados seguían en posiciones de liderazgo. La forma representativa de gobierno redactada en la Constitución era simplemente la verdad reformada

del gobierno de ancianos expandida y aplicada a la nación. Muchos de los padres fundadores fueron calvinistas, incluyendo a John Witherspoon, el único pastor que firmó la Declaración de Independencia. Después de esta guerra empezó el Segundo Gran Avivamiento en Nueva Inglaterra, con hombres clave entre sus líderes como Timothy Dwight, presidente de Yale, y Asahel Nettleton, ambos calvinistas firmes.

### LA PROCESIÓN TRIUNFANTE EN ESTADOS UNIDOS

A medida que fue surgiendo la joven nación, el Seminario de Princeton se fundó en el campus de la universidad. Durante más de cien años, el Seminario de Princeton sería el lugar de mayor influencia evangélica en los Estados Unidos. En la facultad de Princeton había un ejército de eruditos bíblicos, cada uno estrictamente calvinista. Esta línea comenzó con su fundador, Archibald Alexander, y se extendió hasta su última voz, J. Gresham Machen. Entre estos hubo gigantes teológicos como Charles Hodge, quien fue el principal teólogo de Estados Unidos después de Jonathan Edwards; J. W. Alexander, J. A. Alexander, A. A. Hodge y el ilustre Benjamin B. Warfield, el gran defensor de la fe y un imponente teólogo reformado.

A mediados del siglo diecinueve se fundó la Convención Bautista del Sur. Este grupo evangélico de mentalidad misionera, formado en Charleston, Carolina del Sur, estaba destinado a convertirse en la mayor denominación protestante en el mundo. Fue un cuerpo de creyentes en la Biblia fundado por hombres comprometidos de manera inamovible con las doctrinas de la gracia. Durante los primeros cincuenta años, todos los presidentes de la convención fueron calvinistas: William B. Johnson, R. B. C. Howell, Richard Fuller, Patrick Mell y otros. Los fundadores del Southern Baptist Theological Seminary, el primer seminario de la denominación, creyeron y enseñaron abiertamente las doctrinas de la gracia. Entre ellos se encontraban James P. Boyce y John Broadus, quienes estudiaron en Princeton, y más tarde Edwin Dargan. El Resumen de Principios fue, y sigue siendo hasta hoy, el estándar doctrinal de este seminario, y es un documento abiertamente calvinista. El fundador del Southwestern Baptist Theological Seminary, B. H. Carroll, fue otro hombre que expuso la elección incondicional de Dios. El fundamento mismo de esta gran asociación de iglesias bautistas se colocó sobre la roca sólida de la gracia soberana.

Durante ese mismo siglo, los presbiterianos lograron establecer una posición estratégica en el sur. Teólogos y pastores distinguidos como William S.

Plumer, Daniel Baker, Robert L. Dabney, James Henley Thornwell, Benjamin Palmer y John L. Girardeau enseñaron las verdades de la gracia soberana en sus iglesias y en sus aulas. Debido a que habían adoptado la Confesión de Fe de Westminster, no había duda en cuanto a la posición teológica de estos pastores y sus iglesias. En el norte, William G. T. Shedd, un poderoso teólogo de la doctrina reformada, escribió numerosos tomos de teología y ancló estas verdades reformadas para los años venideros.

#### LA GRAN LÍNEA SE ESPARCE POR EL MUNDO

El movimiento de mayor alcance en la historia del mundo, el movimiento misionero moderno, envió a misioneros a los rincones de la tierra en el siglo diecinueve. Una gran parte de estos hombres valientes eran calvinistas. William Carey, quien ha sido llamado el padre de este movimiento, fue uno de los que abrazó la gracia soberana. Creía que habían elegidos en todas las tribus y naciones del mundo, y que los siervos de Cristo debían salir y alcanzarlos con el evangelio. Otros hombres de convicción reformada también fueron figuras destacadas de este movimiento histórico. Misioneros como Luther Rice, Adoniram Judson, David Livingstone, Henry Martyn, Robert Moffat y John Paton vendrían después, y todos creían en la gracia soberana.

Al otro lado del Atlántico en Escocia e Inglaterra, la iglesia del siglo diecinueve era fuertemente calvinista, especialmente entre sus líderes. En Escocia Dios levantó a algunos de los pastores, teólogos, evangelistas y misioneros más leales que la iglesia haya conocido. Hombres fieles como Andrew Bonar, Thomas Boston, Robert Murray M'Cheyne y Robert Candlish pastorearon iglesias. Robert Haldane y James Haldane ayudaron a esparcir el evangelio en el exterior. Thomas Chalmers y James Buchanan fueron teólogos escoceses brillantes que también sirvieron como pastores fieles a la doctrina reformada. Las mentes ilustres de estos escoceses, combinadas con su celo evangelístico y misionero, ciertamente los hicieron hombres prominentes.

Durante este mismo período, el poder de los predicadores calvinistas en los púlpitos de Inglaterra difícilmente puede ser exagerado. El más destacado de todos fue 'el Príncipe de los predicadores', Charles H. Spurgeon, un calvinista reconocido y fervoroso. La influencia reformada de este hombre sobre la iglesia fue considerable y permanece fuerte hasta el día de hoy a través de sus escritos. Junto a él, en otras iglesias británicas, hubo expositores como Alexander Maclaren, John C. Ryle, Charles Simeon, y el famoso protector de

los huérfanos, George Müller. Todos estos hombres estaban comprometidos con la gracia soberana.

En Holanda, donde se celebró el Sínodo de Dort, la soberanía de Dios en la salvación del hombre se siguió proclamando fuertemente en los siglos diecinueve y veinte. Abraham Kuyper, quien se convirtió en primer ministro de Holanda, fue una de las principales voces de las doctrinas de la gracia. Teólogos holandeses sobresalientes como Herman Bavinck, G. C. Berkouwer y Louis Berkhof dejaron su huella en las mentes evangélicas a través de la página impresa. William Hendriksen y Simón Kistemaker, ambos de origen holandés, también dejaron un legado perdurable con su serie de comentarios del Nuevo Testamento.

#### LA GRAN MARCHA CONTINÚA HASTA EL PRESENTE

Todo esto nos lleva a aquellos hombres que Dios ha levantado recientemente, y que han sostenido fielmente estas verdades bíblicas de la gracia soberana. En la primera mitad del siglo veinte, la pluma prolífica de A. W. Pink fue excepcional en la difusión de estas grandes doctrinas. John Murray, profesor y presidente del *Westminster Theological Seminary*, ayudó a capacitar a varias generaciones de pastores, autores y misioneros calvinistas. Donald Grey Barnhouse, pastor de *Tenth Presbyterian Church* en Filadelfia y calvinista firme, se convirtió en el expositor estadounidense más popular de los años cincuenta. D. Martyn Lloyd-Jones, pastor de *Westminster Chapel* en Londres, se convirtió en el expositor inglés más popular del siglo veinte. James Montgomery Boice, el sucesor de *Barnhouse en Tenth Presbyterian Church*, fue el pastor y defensor más importante del calvinismo en el siglo veinte. Al día de hoy, estos ministerios cruciales han dejado una marca permanente en el pensamiento teocéntrico de innumerables legiones de pastores y líderes en las iglesias de hoy.

Nuestra era actual también tiene sus campeones de la gracia soberana. Entre ellos se encuentran valientes guerreros de la verdad como R. C. Sproul, fundador de Ministerios Ligonier, y el difunto D. James Kennedy, fundador de *Evangelism Explosion*. La influencia mundial del púlpito expositivo de John MacArthur, pastor de *Grace Community Church* en Los Ángeles, es incomparablemente vasta al exponer estas verdades para que todos las escuchen. El celo apasionado de John Piper, expastor de *Bethlehem Baptist Church*, Minneapolis, continúa influyendo a toda una generación al usar su pluma y su voz para proclamar la supremacía de Dios en la salvación del hombre. R. Albert Mohler, presidente del *Southern Baptist Theological Seminary*, está ejerciendo una gran

influencia en la próxima generación de pastores, transmitiéndoles una visión sublime de Dios. Estos son solo algunos de los hombres prominentes de la actualidad que son calvinistas de gran influencia.

### DIOS LEVANTA A SUS HOMBRES

¿Cómo entró cada uno de estos hombres a la escena de la historia humana? Sin duda, es Dios mismo, el Señor soberano de la historia, quien levanta a cada generación de líderes espirituales para unirse a esta larga línea de hombres de Dios. Siendo el Determinador de la historia, Dios prepara al hombre para el momento y el momento para el hombre. Como el único Constructor de Su iglesia, el Señor Jesucristo determina el momento y el lugar en que cada hombre se encontrará en el gran escenario de la historia. Con sabiduría infinita y un diseño perfecto, Cristo escoge soberanamente a Sus hombres (Jn 15:16), llamándolos desde el vientre de sus madres (Jer 1:5; Lc 1:15; Ga 1:15-16) para que cumplan con la obra que llevarán a cabo (Ef 2:10). Incluso el éxito que tendrán está predeterminado por Cristo, quien es el único que da el crecimiento (1Co 3:6-7).

Jesús prometió: "... edificaré Mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella" (Mt 16:18). Mediante esta promesa irrevocable, Cristo dijo que edificaría soberanamente Su iglesia, y ni siquiera la muerte puede impedir su progreso. Es decir, cuando una generación desaparece de la escena, Cristo levanta fielmente a la próxima ola de hombres que continuarán Su obra. Cada vez que un Lutero o un Calvino salen de este mundo, Dios ya tiene a la próxima ola de trabajadores tras bastidores, preparados y listos para avanzar en la obra. En ningún lugar se ve más claramente esta verdad que en Su provisión constante de hombres que predicán las doctrinas de la gracia.

James Montgomery Boice escribe: "Estas doctrinas no fueron inventadas por Calvino, ni fueron exclusivamente suyas durante el período de la Reforma. Estas son verdades bíblicas enseñadas por Jesús y confirmadas por Pablo, Pedro y todos los otros escritores del Antiguo y el Nuevo Testamento. Agustín defendió estas doctrinas contra las negaciones de Pelagio. Lutero las creyó; lo mismo hizo Zwinglio. Es decir, creían lo mismo que Calvino, solo que fue este último quien lo sistematizó posteriormente en su influyente *Institución de la religión cristiana*. Los puritanos fueron calvinistas; fue a través de ellos y de su enseñanza que tanto Inglaterra como Escocia experimentaron los avivamientos nacionales más grandes e influyentes que el mundo haya visto. A estos se añaden los sucesores de John Knox: Thomas Cartwright, Richard

Sibbes, Richard Baxter, Matthew Henry, John Owen y otros. En Estados Unidos, otros fueron influenciados por hombres como Jonathan Edwards, Cotton Mather y, más tarde, George Whitefield. En tiempos más recientes, el movimiento misionero moderno recibió casi todo su ímpetu y dirección iniciales de parte de aquellos de tradición calvinista. La lista incluye a William Carey, John Ryland, Henry Martyn, Robert Moffat, David Livingstone, John G. Paton, John R. Mott y otros. Para todos ellos, las doctrinas de la gracia no eran un apéndice del pensamiento cristiano sino que eran centrales, motivando y formando su predicación y esfuerzo misionero”.<sup>2</sup>

Las doctrinas de la gracia no tienen su origen en las tradiciones de los hombres sino en las páginas de las Sagradas Escrituras. Como dice Charles Spurgeon: “Así que no estoy enseñando ninguna novedad; ninguna doctrina nueva. Me encanta proclamar estas doctrinas antiguas y robustas, apodadas ‘calvinismo’, pero que son indudablemente la verdad revelada de Dios en Cristo Jesús. Con esta verdad hago un peregrinaje al pasado y, a medida que avanzo, veo padre tras padre, confesor tras confesor, mártir tras mártir, levantándose para darme la mano... Tomando estas doctrinas como el estándar de mi fe, veo la tierra de los antiguos poblada con mis hermanos; contemplo a multitudes que confiesan lo mismo que yo, y reconozco que esta es la religión de la Iglesia de Dios”.<sup>3</sup>

### FUNDAMENTOS DE LA GRACIA: LA SÓLIDA PALABRA

Este libro, *Fundamentos de la gracia*, es el primer título de una serie de varios volúmenes. El enfoque de estas páginas y capítulos está en los autores bíblicos que establecieron los fundamentos sólidos de las doctrinas de la gracia en las Sagradas Escrituras. ¿Qué enseñaron? ¿Qué establecen las Escrituras con respecto a la soberanía de Dios en la salvación? Todo lo que creemos y apreciamos sobre la supremacía de Dios en la redención de hombres caídos debe ser la verdad de la Palabra de Dios. De lo contrario, debe ser rechazado. Entonces ¿qué dicen las Escrituras?

Comenzando con los escritos del profeta Moisés y concluyendo con el Apocalipsis del apóstol Juan, rastreamos sistemáticamente el desarrollo de

2 James Montgomery Boice, *Foundations of the Christian Faith: A Comprehensive & Readable Theology* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1986), 519.

3 Charles H. Spurgeon, “Election”, sermón sobre 2 Tesalonicenses 2:13-14, predicado el 2 de septiembre de 1855; citado por David Steele y Curtis Thomas, *The Five Points of Calvinism* (Phillipsburg, N.J.: Presbyterian and Reformed, 1963), 8.

las doctrinas de la gracia a través de las páginas de la Escritura. En los próximos capítulos, veremos la revelación progresiva de la gracia soberana en todo el Antiguo Testamento, comenzando con Moisés y continuando con Josué, Samuel, Esdras, Nehemías, Job, David, Salomón, Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, siguiendo hasta los profetas menores, desde Oseas hasta Malaquías. En el Nuevo Testamento, descubriremos y documentaremos las doctrinas de la gracia tal como las enseñó el Señor Jesucristo en los cuatro evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Cristo fue el predicador más grande de la gracia soberana que jamás haya vivido. También veremos la enseñanza de la soberanía de Dios en la gracia salvífica tal como la enseñaron Pedro, Pablo, Lucas, el autor de Hebreos, Santiago, Judas y, finalmente, Juan. Este sondeo de la Biblia, de principio a fin, sentará una base inamovible para la gracia soberana de Dios. Cada volumen futuro de esta serie se basará en este cimiento bíblico y proporcionará un recorrido por la historia de la Iglesia, presentando a los hombres nobles que predicaron y enseñaron las doctrinas de la gracia.

Pero primero veamos a estos siervos que escribieron las Escrituras y registraron la soberanía de la gracia de Dios. Comenzando con Moisés y llegando hasta los apóstoles, echemos un vistazo al inicio de esta larga línea de hombres de Dios.

# DONDE LA GRAN LÍNEA COMIENZA

## MOISÉS, EL DADOR DE LA LEY: GÉNESIS

**A** la cabeza de esta larga línea de hombres de Dios, aquellos que han enseñado fielmente las doctrinas de la gracia, está el primer autor de las Escrituras, el primer gran líder y legislador de Israel: Moisés. El que una vez fue príncipe en Egipto se convirtió en el primer profeta de Israel y en el principal portavoz del estandarte de la verdad de la gracia soberana de Dios. Este mensaje de la soberanía de la gracia de Dios no surgió de Moisés, pues una teología tan sublime y divina no puede haberse originado en las profundidades de un hombre pecador. Esta cosmovisión tan trascendente tampoco pudo haber surgido de la cultura decadente de Egipto en la que Moisés se había criado. Por el contrario, esta sublime verdad de la supremacía incomparable de Dios tuvo que haberle sido revelada sobrenaturalmente. Un mensaje que exalta tanto a Dios solo pudo haber venido de Él mismo. Dios le dio a conocer al primer profeta de Israel las verdades de Su majestuosa soberanía, especialmente en lo que respecta a la gracia divina.

Como primer autor de la Escritura, Moisés colocó las primeras piedras en el fundamento bíblico de la gracia soberana. Estas piedras angulares de la soberanía divina, registradas desde Génesis hasta Deuteronomio, serían la base sobre la cual se construiría el resto del Antiguo Testamento, desde Josué hasta Malaquías, y luego el Nuevo Testamento, desde Mateo hasta Apocalipsis. A través de la enseñanza de los reyes y profetas de Israel, del mismo Señor Jesucristo y de Sus apóstoles, las verdades de la gracia salvífica de Dios se desarrollarían más plenamente. Sin embargo, estas verdades fueron enseñadas en

Esperamos que hayas disfrutado de esta pequeña muestra del libro *Fundamentos de la gracia*.

Para conseguir el libro completo y conocer más acerca de nosotros, visita nuestra página web:

[www.poiema.co](http://www.poiema.co)

O comunícate con nosotros al correo:

[info@poiema.co](mailto:info@poiema.co)



© 2022 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!